

Segundo Domingo de la Cuaresma.

Si recuerdas bien, el domingo pasado nos remitía a la profesión de fe que hicimos, como base para vivir la Cuaresma. Hoy la liturgia con conduce a la Alianza que hemos hecho con Dios, y nos invita a subir a la montaña con Jesús para vivir una experiencia de transformación.

De nuevo volvemos a Abraham, el padre de la fe. La primera lectura (Gen. 15,5-18) nos cuenta la promesa y la alianza que Dios entrega a Abraham, para que tenga seguridad en la misión que le da de ser “padre de una multitud y motivo de bendición para todas las naciones”. El texto nos dice cómo se sellaba un pacto o alianza entre dos contratantes. Había varios animales partidos en dos y dispuestas las mitades una frente a otra. Se fijaban las cláusulas del compromiso y los dos contratantes pasaban por en medio, repitiendo su compromiso de cumplir plenamente lo pactado. Pero aquí lo novedoso es que Dios mismo es quien ofrece la alianza, quiere hacer de testigo y de contratante. Él es todo y se compromete totalmente por amor a Abraham y su pueblo.

Recordar esta alianza en Cuaresma es retomar la Alianza que Dios hizo con nosotros en el bautismo, renovarla y cumplirla en nuestra vida. Celebrar la Cuaresma es vivir un tiempo de gracia y de renovación de la Alianza que un día hicimos con Dios. Pero implica opciones, que la carta a los Filipenses nos recuerda hoy (3,17-4,1). No podemos ser “enemigos de la cruz de Cristo”, centrando nuestra vida en el vientre, nuestra gloria en el sexo y nuestra mentalidad en las cosas terrenas. Por el contrario, “somos ciudadanos del cielo” y pertenecemos a una comunidad de hermandad, de justicia y de paz, capaz de aportar al mundo caminos nuevos de liberación.

Este domingo nos invita, también, a subir con Jesús al monte de Dios y tener allí una experiencia fuerte de Dios y de la Palabra. Lucas nos dice (9,28-36) que “Jesús se llevó a sus discípulos a lo alto de una montaña para orar”. Ese es su proyecto para nosotros, su plan de amor en esta Cuaresma. ¿Quieres dejarte llevar para vivir intensamente esta experiencia? El mismo Lucas nos la describe: el rostro de Cristo se transforma, sus vestidos se llenan de luz, Moisés y Elías dialogan con él sobre su Pascua, el Padre Dios nos invita a entrar en su nube del Espíritu y nos da una palabra de ánimo y de bendición, porque nos regala a Jesús como su Hijo, su escogido, a quien hemos de escuchar.

Con estas palabras tenemos la síntesis de lo que puede ser para nosotros esta Cuaresma. Para eso tenemos que subir y ascender, con un esfuerzo grande para no enredarnos en las cosas vanas y superfluas que nos absorben cada día. Subir a la montaña, donde habita Dios, es ingresar en un espacio de revelación y de claridad, que nos va a permitir conocer mejor al Señor y su misterio de santidad. Por eso, en Cuaresma podremos conocer mejor a Jesús, su rostro se revelará a nosotros con mayor esplendor y estaremos llenos de una presencia que cambia y transforma.

Moisés y Elías son la expresión de la Ley y los Profetas, cuyos textos son básicos durante este tiempo sagrado, para comprender el sentido profundo de la misión salvadora de Jesús. Lucas lo dice de nuevo el día de la Pascua, cuando a los discípulos de Emaús, el mismo Resucitado les explicó “lo que en toda la Escritura se refiere a él”, y lo hizo “comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas” (24,27). Sólo en

la Pascua se abrirán plenamente nuestros ojos y se encenderá nuestro corazón para entender mejor lo que en Cuaresma intentamos comprender.

Te invito, pues, a vivir gozosamente esta doble experiencia de Alianza renovada y de oración intensa durante esta segunda semana del camino cuaresmal.

Pbo, Carlos G. Álvarez cjm.